

PARIS
diciembre 23 de 1931.-

Sr. Gral. de Div. don
Plutarco Elías Calles.
MEXICO, D.F.

Distinguido General y fino amigo:

Acabo de recibir un telegrama cifrado de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en el que se me comunica que el Gobierno se ha visto en el caso de estudiar, detenidamente, el desarrollo de la propaganda clerical, que ha sido particularmente violenta en los últimos días. De acuerdo con el mismo telegrama, el Consejo de Ministros tomó en consideración hasta la posibilidad de un nuevo levantamiento fanático, y resolvió, por lo pronto, prestar todo su apoyo a las medidas legislativas que dicten las Cámaras, - en lo que toca a la reglamentación del culto en el Distrito y Territorios Federales.

Creo no violar la línea de conducta de absoluta reserva, que voluntariamente me impuse desde que, por razones que sería ocioso recordar, dejé de colaborar de un modo activo con la actual administración; escribiendo para usted una carta estrictamente confidencial, en la que trataré de expresarle, con toda lealtad, lo que opino sobre la situación que acaba de crearse.

Para puntualizar los hechos lógica y cronológicamente, comenzaré por referirme a la negligencia con que se ha ido permitiendo que el clero y los clericales se ensoberbecan, y recuperen la audacia que se les había hecho perder cuando, después de una campaña final, que costó la cabeza a los Jefes más destacados del movimiento "Cristero"; se les llevó a la aceptación pura y simple de las bases de arreglo aprobadas previamente por ud. y aceptadas íntegramente por el Gobierno Provisional. Tales hechos son:

I.- Permiso para que volviera al País el Obispo Orozco y Jiménez, que había tomado parte activa en la resistencia armada en contra del Gobierno.

II.- Asistencia de los familiares de altos funcionarios, a dife entes ceremonias religiosas de carácter público.

III.- Propaganda continua en organos periodísticos que, por la categoría de las personas que los controlan y dirigen, no pueden ser considerados más que como semi-oficiales.-

Con cierta dosis de malicia, o con el deseo de sacar de los hechos el reproche y la lección que encierran, se podrá inclusive decir que el Gobierno da muestras de una candidez total, sorprendiéndose, ya en los finales del "mes Guadalupano", de un éxito clerical, que en parte fué posible por la liberalidad con que permitió que se anunciaran las fiestas y que se transmitieran conciertos en el magnífico órgano traído de Milán, y que se reunieran fieles al amparo de generosas reducciones de pasajes.-

Pero no se trata, a mi juicio, de una simple manifestación de la insolencia con que el clero ha correspondido a la benignidad de nuestras autoridades. La actual sedición, armada o mental, tiene finalidades más hondas, y para analizarlas, principaré por decirle a usted las diferencias profundas que existen, según mi modo de ver, entre los móviles que guiaron al clero en 1926, y los que le guían en éstos momentos.

En 1926, el clero mexicano veía con alarma creciente, la consolidación del régimen revolucionario. Se nos había acusado de que no servíamos más que para destruir, y las construcciones de caminos, de obras de irrigación y de escuelas rurales; así como las fundaciones de los Bancos de México, de Crédito Agrícola y Ejidales, demostraban de un modo palpable que la revolución tenía un programa constructivo, y que, sin abandonar los postulados sociales que las habían vivificado (subrayo mi frase porque más tarde habré de volver sobre ella), podía traer al país la prosperidad económica y una confianza interior y exterior en el nuevo régimen.

Consideradas así las cosas, el clero, al fomentar la revuelta, se propuso sustancialmente (y de que lo consiguió nos damos cuenta con sólo comparar el saldo de la gestión de usted en 1925 con los saldos de 1927 y 1928), impedir la continuación de la política de gobierno que habría seguido la administración de Ud. si no hubiera tenido preocupaciones de otro índole.

Pero hoy no estamos en el mismo caso. El clero no se propone distraer al Gobierno y como en el terreno ideológico la actual administración es claramente moderada, y una reorganización cualquiera es lógico suponer que sería para inclinarla a la izquierda; se llega a la conclusión de que, si el clero obra, es a fondo, es decir, que cree llegado el momento de medrar en las divisiones que frecuentemente han sacudido al grupo revolucionario en los últimos tiempos (de ellas son testimonio los casi incontables cambios de funcionarios de todas categorías), bien para dislocar de un modo permanente al grupo, bien para arrancarle el poder, si las condiciones lo permiten.

Ante las eventualidades de una nueva lucha, no puede ocultársenos que jamás el grupo revolucionario se ha encontrado más indeciso y más débil que hoy. Indeciso, en el sentido de que no sabemos, bien a bien, lo que queremos. Débil en cuanto a que, reveses que la crisis general ha complicado, le ha ido presentando problemas que cada día ha sido menos capaz de resolver.-

Desde 1920 hasta 1929, en efecto, habíamos aceptado como artículo de fé revolucionaria, la realización de la reforma agraria y el afianzamiento de las conquistas logradas por las clases obreras. Con ese programa se combatió la imposición Bonillista, con ese programa se aniquiló al Delahuertismo, con ese programa se volvió al Obragismo; después de un balance en el que, de un modo consciente, renun-

3
cíamos al ideal democrático de la no reelección para mejor consolidar el anhelo social de asegurar, en favor de nuestros campesinos y de nuestros obreros, ventajas que no tienen nada de excesivas.

Pero desde 1930 nos hemos dado a proclamar que para recuperar nuestro crédito interior y exterior, y para obtener el florecimiento económico del país, debemos liquidar la política "radical" que se siguió por diez años, renunciar al rparto de ejidos, redactar un Código de Trabajo que "dé garantías al capital" y pagar nuestras deudas, cueste lo que cueste, lo mismo si descubriéramos que nuestros presupuesto se desploma - de déficit en déficit, que si nos enteramos de que la situación del mundo ha llegado al extremo de que los mismos acreedores se rehusen a cobrar.

La idea ha sido mala, y lo que es pero aún: inoportuna. Proponer la prosperidad y la recuperación del crédito, en momentos de crisis general, en que nadie tiene confianza, ni cree en el crédito, ni otorga crédito; tenía que conducir al fracaso. A un fracaso que le ha granjeado al Gobierno la desconfianza de campesinos y obreros, sin darle siquiera una posición económica ya no digamos como la que usted sin preocuparse por la confianza, mantuvo durante cuatro años, a pesar de la rebelión fanática; sino ni siquiera semejante a la que yo, igualmente desdénso de la decantada confianza, y lastrado por lo perentorio de mi gestión, entregué en 1930.-

Ahora bien, el clericalismo, o el fanatismo, no son un mal aislado, el siglo XIX fué jacobinista y pudo limitar su visión hasta declarar a la iglesia como única culpable. Nosotros, so pena de ser considerados como retrogradados, no podemos ocultarnos que el clericalismo no es más que uno de los aspectos de la reacción, y que ésta, según las circunstancias, muestra la cara del latifundismo, la del industrialismo esclavista, o la del simple clericalismo.-

Analizando las cosas a fondo, debemos convenir, por lo mismo, en que, si queremos realmente combatir el clericalismo, sin exponernos a que se dude de nuestra sinceridad, debemos atacarlo en todos los sectores, porque casi no valdría la pena de limitar los recursos de la iglesia, si por otro lado dejamos inviolados los latifundios, o permitimos que reduzcan salarios, los industriales que sostienen económicamente al mismo clero.

Y llegando hasta la eventualidad del conflicto, porque sería pecar de imprevisión el no analizar las últimas consecuencias posibles de la línea de conducta que se adopta, no puede pasar inadvertido que, en caso de ruptura, la reacción presentaría un frente único compacto, y que nosotros, para combatirla, deberemos haceroto tanto.

Hacer otro tanto, para nosotros, significa dar la lucha con el respaldo entusiasta de las masas campesinas y obreras, dirigida a través de un Gobierno unificado y compacto. Una y otra cosa, requerirían cambios de importancia en la política que se sigue, y en la composición de la administración.

No se podrá contar con el apoyo entusiasta de las clases humildes, cuando, persiguiendo quiméricos planes económicos, se han presentado a las Cámaras proyectos de leyes agrarias y obreras en que se daba franco paso atrás y que, si no se aprobaron en su primitiva redacción, fué solo por intervenciones personales diversas (en materia de trabajo, la de usted mismo) y en condiciones tales, que siempre pareció que se trataba de concesiones arrancadas al Gobierno en contra de -

su voluntad, y de las cuales, por la misma razón el Gobierno no sacó la más ligera ventaja moral.

Algunos actos aislados de radicalismo declamatorio, no han podido servir más que para engañar a quienes los realizaron. Así por ejemplo, la inauguración de Bancos que funcionaban con años de anticipación, o la entrega de títulos de parcelas ejidales amparadas por resoluciones presidenciales muy anteriores; no han podido dar en el campo la impresión de que se sigue el reparto agrario, ni menos borrar la certeza del mercantilismo sin precedente que en materia agraria se introdujo, y al cual, después de que hasta Senadores insospechables de indisciplina hicieron alusión, se le encontró el remedio de castigar segundas figuras que no eran más que cómplices y comparsas.

Y aún en el caso de que el peligro común sirviera para unir a las clases populares alrededor de la lucha en contra del clero, no se le oculta a usted que tal lucha no puede ser afrontada más que por un Gobierno uniforme, cuyos componentes no desdoblen su personalidad a través del periódico que "El Nacional" ataca, porque sostienen doctrinas contrarias a las del Gobierno, pero que el Gobierno respalda manteniendo dentro de la administración a las altas personalidades que los controlan.

Después de dos años de política reconstructora", me parece que ya llegó el momento de hacer su balance y de pronunciar su liquidación. Ese balance y esa liquidación, yo le aseguro a usted que no pueden ser más que éstos:

En momentos de grave crisis económica y de intransigencia nacionalista, es decir, cuando los países de economía más sólida están al borde de la bancarrota, y se encastillan dentro de sus fronteras -- para no comprar nada de otros pueblos, no hay más desarrollo económico posible que el que se emprenda con los recursos propios y para la satisfacción de las necesidades interiores.--

Los países, con capital, por lo mismo, se dedicarán exclusivamente a impulsar las industrias de su propio suelo, y cuando quieran ofrecer garantías a sus capitales, no se conformarán con las que les brinde el Ministro de Hacienda de un país independiente, sino que preferirán las que ellos mismos puedan otorgarse en Colonias que se han conquistado a costa de grandes sacrificios, y que sería imprudente no desarrollar.

Los países como México, entre tanto, deberán resignarse a no desarrollarse más que para la satisfacción de sus propias necesidades; y para impulsar su industria, no deberán pensar en las ventas que puedan realizar en el extranjero, sino en las que puedan colocar dentro de sus propias fronteras. De ahí la necesidad de tener una masa de consumidores prósperos, y de ahí también la necesidad de no sacrificar la mano de obra nacional a la distante posibilidad de ir a disputar mercados a países industrializados en grandes y desde hace muchos años, sino de procurarles un nivel de prosperidad que se reflejará más tarde en un progreso que será obra de nosotros mismos, y no del auxilio generoso de los demás.

A riesgo de no haber explicado suficientemente mis ideas sobre la política económica que nos conviene, pero deseoso de no alargar -

más ésta carta, y de no dejar sin tratar el punto que con usted en lo personal se refiere, voy a cambiar el tema.

En los sucesos de los últimos tiempos, a pesar de los deseos originales de usted, la intervención que usted ha ido tomando se ha ido haciendo más y más directa. A medida que la administración se ha ido sintiendo más incapaz para hacer frente, sola, a la situación, la participación, por desgracia, no ha sido siempre solicitada en una forma que contribuya a conservar el prestigio revolucionario que tan legítimamente conquistó usted.

Su nombre se ha invocado para patrocinar la nueva política económica, para autorizar reajustes en los ferrocarriles, para poner cortapisas a la aplicación de las leyes agrarias, para legislar en materia de trabajo.....No parece sino que sus amigos de hoy, se empeñan en hacerlo representar a usted el poco airoso papel de negar toda su vida pasada.

Yo creo que ya es tiempo de que usted recapacite sobre ello y de que ponga un hasta aquí. Si condiciones imprevisibles han impedido que usted realice su noble propósito de retirarse de la política activa, dejando los cimientos de una vida institucional; si después de pronunciarse contra el caudillismo ha tenido usted que resignarse a que se le erija en caudillo único; si ante la quiebra inminente de la actual situación, se ha encontrado usted de la noche a la mañana, como sílico de la liquidación; que ello no signifique que usted haga frente al pasivo girando contra el saldo de simpatías que el país le reconoce, precisamente como realizador de una política que diabólicamente se quiere hacer que usted mismo destruya.

Que el toque de alarma de éste brote clerical, sirva para despertarnos a todos, y para hacer seguir, como un sólo hombre, la única línea de conducta que puede asegurarnos la confianza del país y la realización del México mejor en que todos soñamos.-

Resumiendo los puntos principales de mi carta, diré a usted:

1/o.- La insolencia del clero ha sido provocada en parte por la complacencia que el mismo Gobierno, o instituciones que dependen de él, o publicaciones que pertenecen a funcionarios de alta categoría; han venido teniendo para la propaganda religiosa.

2/o.- El resurgimiento del clericalismo es además consecuencia de la política general de moderación, que ha tratado de implantarse en los últimos tiempos, y que ha provocado un doble movimiento: de audacia en las clases acomodadas y de recelo en las clases proletarias.-

3/o.- Para combatir el clericalismo con el respaldo de las masas, no hay más camino eficaz que el de ofrecer el combate en todos los sectores, y muy principalmente en el económico, usando como instrumento de un Gobierno radical unido.

4/o.- Después de dos años de ofrecer que vamos a pagar - nuestras deudas y a liquidar nuestra política radical, los resultados han sido bastante ilustrativos para demostrar que no es ese el camino por el que se recobra la confianza dentro ni fuera del país. Tiempo es ya de abandonar esa línea de conducta ineficaz, y de seguir el programa revolucionario, dentro del cual siquiera somos consecuentes con nosotros mismos.-

5/o.- Usted no debe consentir que se siga usando de su personalidad para escudar tras de ella toda una política que es negación de la gestión de toda su vida, y que en el mejor de los casos no serviría más para colgarle un arrepentimiento extemporáneo y tardío.

6/o.- La confianza en la política revolucionaria recta y prudentemente seguida, asegurará no sólo la estabilidad de la administración, sino aún el resgimiento del país, que ya apuntaba sólidamente durante la gestión de usted.

He terminado y no quiero firmar sin reiterarle a usted los sentimientos de verdadera amistad que para usted he tenido siempre, ni menos sin decirle que ésta carta pretende ser una nueva y verdadera demostración de confianza y de amistad. Escrita sin rebuscamientos de estilo y sin complicaciones sociológicas ni citas eruditas, aspira sin embargo a ser convincente, por el simple hecho de que dice sólo lo que en ella quise decir y todo lo que en ella quise decir

Sin otro particular de momento y deseándole todo bienestar, con respetuosos saludos para su señora e hijos, quedo de usted como siempre, afectísimo atento amigo y seguro servidor.-

E. Portes Gil.